



MANUEL
FERRAND
CON LA NOCHE
A CUESTAS

Con la noche auestas, galardonada con el Premio Planeta 1968, es un estudio psicológico, manifiestamente logrado, de sus principales personajes: dos hombres humildes que trabajan durante la noche en un barrio residencial de Sevilla. Uno es guarda de una obra; el otro, sereno de la demarcación. Un episodio que va adquiriendo intensidad y dramatismo a lo largo del relato los une a pesar de la divergencia de sus caracteres.

Con estas bazas, y con la aparición de personajes como Remedios, joven sirvienta de una fonda, el autor crea un clima realista y no exento de poesía en el que, al mismo tiempo, desarrolla su crítica a la pequeña sociedad que retrata.

A Consuelo, mi mujer

I

PASÓ EL ÚLTIMO AUTOBÚS, casi vacío, camino del centro. Serían las dos y cuarto y el airecillo norte retorció, como jugando, la columna de humo a la puerta de la caseta.

Tirso se asomó y las orejas se le quedaron como atravesadas por agujas. Cuando el autobús se perdió de vista el hombre volvió a meterse en la caseta de madera porque, después de todo, mejor se estaba allí, envuelto en el capote viejo y la manta, que no a la intemperie, junto a lo que quedaba de hoguera.

Las primeras noches fueron más entretenidas porque siempre surgía un ruido que lo mismo podía ser de ratas que de ladrones y porque se pasaba las horas viendo sombras que se movían por los alrededores de la obra. Al menor ruido, ya estaba fuera de la caseta. Entonces, en la penumbra veía moverse algo entre los montones de material o al lado de la hormigonera, o donde los sacos de cemento; se acercaba y no había nadie. Otras veces, subía la escalera sin barandas ni enlosado y recorría una por una las plantas del edificio.

Ya no, pero antes el hombre le echaba valor y acudía a todas partes, pasando frío y miedo, no fuera a ocurrir que cualquier mañana descubrieran un robo y le hicieran cargar con el mochuelo. Por eso lo de trepar hasta la más alta viga o indagar en el almacén, y subir y bajar con cuidado los escalones húmedos de mezcla reciente.

A veces, el ruido le llegaba de un gato que rebuscaba o de un papel deslizado por el aire rastroero. Y en cuanto a las

sombras, podía ser la de una espuerta pendiente de un tiro o de un saco que el viento tremolaba como sucia bandera.

Tirso llegó a conocer sombras y a distinguir ruidos y, tal vez por eso, y porque el invierno se le echaba encima, fue poco a poco perdiendo interés por las pesquisas y cada vez salía menos de la caseta. Fue por aquellas noches cuando empezó a recordar canciones antiguas, rebuscando en la memoria las más viejas, las de su niñez. Y fue también cuando descubrió el consuelo de hablar solo. Cuando las horas quedaban prendidas y sin pasar, en la madrugada honda, el hombre hablaba y sus palabras le envolvían haciéndole compañía, rebotando en las paredes de la caseta. Una noche se sorprendió de su voz, como si no la conociera, y se estremeció. Estuvo callado largo tiempo y después volvió a lo mismo diciendo palabras sueltas, primero muy bajo y luego tan alto que parecía haberse vuelto loco. Cuando se dio cuenta, estaba sudando.

Unas noches en cuanto acababa la televisión y cerraban la cafetería de enfrente, y otras más tarde, caía por allí el sereno de la demarcación. Se llamaba Castro y tenía un defecto en una pierna, por lo que el bastón, además de arma de autoridad, de defensa y ataque, le venía que ni pintado para su cojera.

Era un tipo raro ese Castro. Contaba cosas extravagantes que molestaban a Tirso las más de las veces, pero había que soportarlo porque hacía un rato de compañía, y eso se agradece cuando se está de guarda toda la noche. Decía que, en su pueblo, el año 41 nevó a fines de abril y se puso la plaza con más de un metro de nieve. Esto a Tirso le sentaba como un tiro porque estaba seguro de que era cuento, y así se lo decía. El otro aseguraba que era verdad y que no tenía más que preguntar en el pueblo. Como no era cosa de alargarse a la provincia de Pontevedra, ello quedaba así, sin más discusión.

Otra noche, Castro contó que (en su pueblo, claro está) un sujeto se comió un cordero en una cena de boda.

—Un cordero chico —aclaraba.

—Ande ya...

—Le digo que sí. Era un pariente mío, que se llamaba Plácido. Él solo se comió el cordero. Y tenía un hermano que se llamaba Estratónico...

Esto ya no se podía aguantar.

—¿Cómo ha dicho usted?

—Estratónico.

—Ya está bien.

—¿Cómo que está bien?

—Que bueno está lo bueno.

Tirso le volvió la espalda y se metió en la caseta con gesto de hombre ofendido.

Varias noches estuvo Castro sin volver por allí.

Tirso le veía pasar por la acera de enfrente, lo más deprisa que le permitía la cojera, y no hizo nunca por llamarle. Pero la noche es larga y pesa lo suyo, y Tirso le echó de menos enseguida.

Antes de una semana, Castro volvió por la obra.

—¿Un pitillo? —ofreció.

Se alegró Tirso, pero hizo lo posible para que no se le notara.

Fumaron en silencio las primeras bocanadas.

—Estas noches estuve muy ocupao.

—Ya —aceptó Tirso.

—El jueves hubo jaleo allí arriba.

—¿El jueves?

—Robaron en el piso de un periodista.

El sereno contó lo del robo. Uno más en el barrio y uno más en la ciudad, del que no habló la prensa.

Ocurrió sobre las cinco de la madrugada cuando todo era silencio dentro del piso y fuera de él. El periodista dormía y quienquiera que fuere se coló por una terraza aupándose en un cajón de madera, un cajón grande que había en el bajo, amontonado con otros, a la puerta misma del almacén. El fulano debió de ver desde la calle la puerta no bien

cerrada de la terraza, arrimó el pedestal y, más tranquilo que el mundo, saltó la baranda y se coló en el piso.

—Digo yo que conocería la casa —opinó Tirso.

—¿Y yo qué sé? Esas cosas ocurren de la manera más tonta.

Y siguió su relato, dando detalles que asombraban más al guarda de la obra. Le informó de que el ladrón, harto de pasearse de un cuarto al otro, se fue por la puerta del piso, bajó la escalera y salió a la calle tan campante, y se llevó cuanto quiso.

—Oiga usted, ¿y no se despertó nadie?

—Nadie. Ni los niños, ni la mujer, ni él, ni la muchacha. Todos durmiendo. Yo no sé si es que les echaron algo para que se durmieran o qué.

—Yo lo que digo es que hace falta valor.

—La Guardia Civil dice que esta gente son como drogaos. ¿Se da usted cuenta? Se fuman marihuana o vaya usted a saber qué, y ya no le tienen miedo a na.

—Como sonámbulo.

—Pero con los ojos muy abiertos.

Castro dijo entonces que en eso de los robos no sabía nadie a qué atenerse.

—¿Usted no se acuerda del robo de la calle Aire?

—No.

Entonces le contó el amigo lo que sabía. Era un robo muy sonado que pasó años atrás. Una condesa o marquesa, era por tiempo de Semana Santa, que llega a su casa sobre las doce de la noche, dispone todo para salir a las siete de la mañana a su finca de campo, abre la caja fuerte, recoge sus joyas en un maletín y lo deja en la cabecera de la cama. Y se echa a dormir.

A la mañana, el maletín no está. Gritos, alarma, avisos a la policía y se ponen en marcha las investigaciones porque las alhajas robadas estaban valoradas en varios millones. Empezaron por interrogar a la servidumbre. ¿Quién, si no, iba a saber que la caja fuerte se abría a las doce de la no-

che? ¿Quiénes mejor enterados que el chófer, las sirvientas, el mozo de comedor, del propósito de salir a las siete de la mañana? La cosa estaba más clara que el agua. Pero, amigo, pasaron dos días y las joyas no aparecían por ninguna parte. Nadie sabía nada. Nadie cantó.

Y una tarde, un agente de la brigada recibe una llamada telefónica de un confidente, citándole para un bar de Triana. Allá va el hombre a ver qué nuevas hay y se encuentra con un sujeto que le lleva a un velador, se mete la mano en el bolsillo y saca un paquete que abre y derrama sobre la tapa de la mesa. Eran las joyas. Las había comprado por nada y menos a un desgraciado.

—¿Y sabe usted quién era el ladrón? —concluyó Castro—. Pues un granujilla de los que se dedican a robar ropa tendida por las azoteas. Fíjese usted lo que son las cosas. Esto se escribe y no se cree. Iba el randa por los jardines de Murillo y de pronto ve que le sigue un tipo raro. Se fija y era un marica. Entonces, al hombre le da miedo y lo esquiva metiéndose por las callejuelas; pero el otro le sigue. Ya le digo a usted que se cuenta y no se cree. El chorizo, en vista de eso, dobla una esquina, encuentra una puerta entrea-bierta y sube que se las pela escalera arriba hasta que llega a la azotea. Si llega a ver ropa tendida, aquí se acabaría el cuento, porque hubiera ido a lo suyo de siempre. Pero no había nada y el hombre saltó a la azotea de al lado. Allí encontró otra puerta y bajó tranquilamente. Estaba en la casa de la dueña de las joyas. Todo el mundo dormía, ¿se da usted cuenta?, y el hombre se puso a recorrer pasillos, por aquí entro, por aquí salgo, hasta que se encontró en el dormitorio, junto a la cama y frente al maletín.

—Y lo trincó.

—En menos que se piensa. Luego dejó el maletín en otro cuarto y se llevó nada más que las joyas que no abultarían en los bolsillos. De modo que ¿qué me dice usted? La policía y todo el mundo pensando en que los criados tenían que ser a la fuerza los ladrones, y el ladrón de verdad

resultó ser un randa que se llevó todo aquello por pura chamba.

Siguió el relato de los ladrones por algún tiempo, porque el gallego, como brujuleaba tanto por todas partes y se conocía a guardas y a porteros, a criadas y a todo quisque, sabía lo suyo del tema.

—Le digo a usted que la cárcel estará medio vacía, pero lo que son las calles... A mí me decía, no le digo a usted quién, pero uno que conoce bien cómo está el ambiente, que al que pillan robando lo sueltan en menos de lo que se dice.

—Pues yo —replicó Tirso—, ya ve usted, soy más pobre que las ratas, pero que el que se mete en una casa para robar debiera pasar muchos años en la cárcel. Pero muchos años.

—Eso lo he oído yo a uno de la secreta.

La conversación no era para que Tirso se sintiera más a gusto, no. Receloso siempre, miedoso como el que más, sentía una especie de ahogo, casi sudores. Cualquiera día, sí, cualquier día, es decir cualquier madrugada, se vería envuelto en un lío. Robarían algo y le echarían la culpa a él. Prefería mil veces hablar de otros asuntos.

Desde la puerta de la caseta se veía, al otro lado de la calle, una manzana de casas desiguales y un bloque de nueve pisos y muy larga fachada. Ya estaba por esas horas todo oscuro. Si acaso, alguna luz se mantenía encendida unos momentos, para volver a apagarse. Pero los escaparates, los rótulos de la cafetería, de la quincalla, del supermercado y el friso verde de la sucursal del Banco habían sido apagados por el sereno hacía más de hora y media.

—Usted conocerá a todos los vecinos —dijo Tirso.

Castro puso cara como el que piensa: «Lo que yo no sepa...»

Se arrepintió Tirso de haber dicho eso. «Ahora empezará con los cuentos», pensó. Pero ¡qué iba a hacerle! Después de todo, de algo había que hablar.

—¿Usted conoce a doña Margarita?

—No.

—La del cuarenta y cinco.

—No caigo.

—Esa mujer tiene mucho. Pero mucho.

—¿Mucho qué?

—Hombre, es un decir. Que es de cuidao, vamos.

Y contó una historia prolija y desquiciada que, en resumidas cuentas, no tenía ningún interés. Que si tenía una criada que era de Lebrija, que si un día desaparecieron varias prendas, que si dio parte a la Guardia Civil y después resultó que no era la criada, sino el hijo de doña Margarita, que ahora está en Zamora... Total, una pesadez.

—Claro —dijo Tirso, decepcionado, que lo que esperaba era una historia picante—; y de asunto de planes sabrá usted lo suyo.

—Mire, si yo contara... —respondió el otro dándose importancia.

—Pues cuente usted.

Castro sonrió misteriosamente y replicó evasivo:

—Le digo a usted que si yo contara...

Nada. Que no hubo manera. Tirso se puso negro y a punto estuvo de llamarle imbécil con todas sus letras.

AQUELLA NOCHE llegó el sereno y se quedó mirando la obra.

—¿Cuánto costará cada piso?

—¡Qué sé yo! Será un millón. O dos millones.

—Hay que ver.

—Esto vale una fortuna.

—¿A que no sabe usted cuánto vale uno de ahí enfrente?

—Usted dijo ochocientas mil.

—¿Yo se lo dije?

—Sí, hombre, la otra noche.

Se oyó, lejana, la sirena de un barco.

—Hay que ver las noches que llevamos de frío —comentó Castro.

Removió con el bastón la candela, casi apagada.

—Oiga, ¿por qué no aviva usted esto?

—Porque hace más frío ahí fuera que aquí.

—¿Tiene usted brasero?

—No.

—Pues se va a morir congelao. Esto trae usted una lata grande de conservas, un poner, de caballas, le echa el cisco y ya tiene usted una copa, como dicen por aquí.

Al decir esto, se agachó un poco y se puso a arrimar tablitas y a soplar sobre la candela. Luego, se incorporó y dio unos pasos en dirección a la obra.

—Aquello arde —dijo, y arrancó unos tallos secos.

Desde la oscuridad de la caseta, Tirso le vio ir y venir. Trajo Castro unos papeles de envolver y unos trozos de madera y fue echándolo todo en la hoguerilla. Una llama viva-racha iluminó de rojo su satisfecho rostro. Al poco, la candela adquirió un incremento muy notable y los dos se sentaron alrededor.

—Usted no ha sido guarda en su vida —dijo Castro.

—Nunca.

—Me lo imaginé.

Castro se ocupaba de ordenar palitroques y la candela subió a categoría de hoguera.

—La noche, pa dormir.

—Verdad —admitió Tirso.

—Se lo digo yo, que llevo veintitantos años de vigilante.

Tirso arrastró el cajón vacío sobre el que se sentaba y lo puso más cerca de la caseta, así que no dejaba de calentarse y tenía, además, la espalda protegida del viento norte:

—Jo, qué tiempo.

—Frío, en mi tierra —respondió Castro, tiritando.

—Sí, ya sé.

El de Pontevedra estaba casi dentro de la hoguera. El humo se le metía en los ojos y era raro que no se le quema-

ran los zapatos.

—Veintiséis años de sereno —comentó Castro—. Veintiséis. Ya son años, ¿eh? Yo vine, ¿sabe usted?, por un pariente que se había acercado aquí cuando la Exposición. Siempre me escribía diciendo que aquí había trabajo para todo el mundo y en cuanto se acabó la guerra me vine como el que se va a las Américas.

—Las cosas.

Castro no dejaba quieta la candela. Hablaba como para sí, mirando con los ojos relucientes las llamas que brincaban desde los maderos.

—¿Y usted qué hace de día? —preguntó a Tirso.

—Ahora, nada. Por eso estoy aquí.

—Se ha quedao usted parao.

Tirso no respondió. Nunca respondía cuando el otro intentaba meterse en averiguaciones. Castro era un curiosón y hacía lo posible por saber si tenía familia, cuál era su oficio o dónde había nacido; pero Tirso, nada más que por terco, no le contestaba.

Cuando se hubo calentado, Castro se levantó.

—Voy a dar una vuelta —dijo mirando al final de la calle—. Luego vendré otro rato, pero cuide usted de que esto no se apague.

Se alejó el sereno y a poco, vio Tirso que llegaban a la calle los de la limpieza. Iban con trajes de pana oscura y botas altas de caucho. Uno de ellos se inclinó cerca de la acera y abrió la portezuela de la boca de riego. Se acercaron a él otros que arrastraban la manguera, conectaron y se abrió la llave de paso. Un arco frío de agua que salpicaba en los bordillos y en los postes del alumbrado con un crepitar fino y sostenido. La curva del chorro tenía algo astral, casi de nebulosa que se precipitara sobre la negrura urbana. Pronto se formó un río de borbotones a los dos lados de la calle y la corriente se iba hundiendo en las rejillas del alcantarillado en desagüe sonoro y turbulento.

«También es vida la de esta gente», pensó Tirso. «Deben de tener las manos heladas.»

Y acercó las suyas al fuego.

Los del riego charlaban mientras cumplían su menester. Eran voces entrecortadas, que trepaban sin mucho sentido por las fachadas, envueltas en el sonido del chorro.

—Bueeeeno va —dijo uno.

El arco fue acortándose y el agua dejó de salir. Quedó el asfalto brillante, reflejando las luces que permanecían encendidas por aquellas horas. Cuando se fueron los de la limpieza, sus voces quedaron flotando alrededor de Tirso.

SE QUEDABA MIRANDO a las viviendas de enfrente y trataba de imaginarse a los que estarían durmiendo. Mujeres hermosas, mujeres feas, mujeres corrientes, oficinistas, abogados, familias tristes, familias pintorescas, todos durmiendo, que para eso era de madrugada. Doña Margarita roncaría.

Un concierto tenue, espeso de respiraciones pausadas, de ronquidos, alguna tos que otra y el llanto de un niño. Olor y calor de alcoba, mujeres removiéndose entre las sábanas, con los brazos y el hombro destapados, los cabellos en desorden, las bocas entreabiertas. Soñaba Tirso con la carne, con la carne dormida y envuelta en telas suaves y amplias. Hay mujeres que hablan dormidas, para decir que no o que bueno, o para soltar palabras sin coherencia. Y el chasquear de la lengua o el suspiro hondo al cambiar de postura. A Tirso se le iban los pensamientos y se alborotaba por dentro como un estudiante.

Todas aquellas casas estaban llenas de durmientes. Si acaso, de tarde en tarde, cada piso, cada vivienda, se sacudía el sueño por lo que siempre ocurre. Entonces las luces quedarían encendidas a través de las ventanas, señal de alguien que se iba para el otro mundo o iba a nacer de un momento a otro.

Para los que duermen a su hora y en su sitio, la jornada acaba a las doce, a la una, o, todo lo más, a las dos de la madrugada. No pensaban —y si lo pensarán ¿qué?— que mientras, cada noche, hay muchos hombres que guardan obras, hacen el pan, andan con trenes o con barcos.

Pensaba Tirso que si se muriera de pronto una noche, podría ser que nadie se enterase hasta que saliera el sol. Quedaría allí solo, como un saco, sin que ninguno de los vecinos se desvelara ni tuviera conocimiento de su muerte. La ciudad, el bloque de enfrente, seguirían durmiendo largas horas hasta que fuera de día. Después, cada uno iría a sus asuntos y, al volver, algunos, se enterarían por el revuelo, por los periódicos; y la mayoría, ni entonces.

Solía temer, porque era hombre aprensivo, que le pasara algo malo. Ponerse enfermo en la caseta, sin que nadie le atendiera, sería muy triste. Si acaso llegaba Castro, menos mal, porque el sereno era servicial y, aunque cojitranco, podría ir calle abajo a la busca de un médico, o de un taxi para llevarle a la Casa de Socorro. Pero Castro sólo estaba un rato de charla, y no todas las noches.

Alguna vez lo comentó con él, y Castro le respondió: «Si nos ponemos a pensar en esas cosas, estamos arreglados».

Bien sabía él que no era bueno darle vuelta a estos temores. Pero estaba solo y despierto, y con la soledad los pensamientos se agrandan y se apoderan de uno como una pesadilla.

La oscuridad, la estructura fría y desnuda del edificio, el olor a hormigón recién volcado, la calle sola y negra con los brillos fijos de las luces, todo cuanto le rodeaba contribuía a la sensación de desamparo.

Noches pasadas le había preguntado Castro: «¿Usted no reza nunca?», Tirso contestó que no tenía costumbre. Castro se le había quedado mirando, luego sonrió y se puso a tararear una copla de iglesia. Luego dijo: «Yo, cuando me encuentro muy solo, no crea usted que no, rezo. Alivia mucho. De verdad». Aquella noche no volvió a hablarse del te-

ma y, noches después, Tirso intentó decir una oración, pero tuvo que dejarlo porque no recordaba más que trozos. «Mi mujer sí sabe.» La mujer rezaba muchas veces, y cuando él estuvo tan enfermo se le iban las avemarías, unas detrás de otras, a la vera de la cama.

EN MEDIO DEL SILENCIO, se oyó que un coche se acercaba.

Tirso estaba atizando la candela, sobre la que había puesto un cazo de café y leche.

Apareció el coche en la calle y se detuvo delante de la obra. Se bajó de él un hombre, fue hacia el capó y levantó la tapa, y sobre el motor se encendió una bombilla. El hombre del auto llevaba un abrigo corto y un sombrero; durante unos segundos permaneció agachado, como si intentara resolver una avería, y al fin se incorporó mirando de un lado a otro, en busca de ayuda.

Tirso vio cómo se acercaba hacia la hoguera. «Éste quedará gasolina.»

—Buenas noches —dijo el del auto cuando estuvo frente al guarda.

—Buenas noches.

—¿Usted entiende de motor?

—Ni palabra.

—¿Hay teléfono por aquí?

—No... Hay en la cafetería, pero está cerrada hace tiempo.

Dudaba el del coche, sin saber qué hacer. Miraba al vehículo, miraba a la calle y no disimulaba su contratiempo.

—Aquí cerca hay un garaje, ¿no?

—Sí... Pasao el cine.

—Pues habrá que empujar el coche hasta allí. Ande, ayúdeme. Le gratificaré.

—No, señor. Lo siento mucho, pero estoy aquí de guarda. ¿Por qué no llama usted al sereno?